

# **Cambio político en el Caribe**

## Escenarios de la Posguerra Fría: Cuba, Haití y República Dominicana

*Wilfredo Lozano*  
(editor)

FLACSO-Programa República Dominicana  
FLACSO- Secretaría General  
Editorial Nueva Sociedad

Primera edición: 1998

940  
L959ca  
ej. 2

15  
5341  
FRANCISCO VÁZQUEZ L.

© Editorial NUEVA SOCIEDAD  
Apartado 61.712 Caracas, 1060-A, Venezuela  
Telfs.: (58-2) 2659975, 2650593, 2655321, 2673189  
Fax: (58-2) 2673397

Correo-e: [nuso@nuevasoc.org.ve](mailto:nuso@nuevasoc.org.ve)  
<http://www.nuevasoc.org.ve>

Edición al cuidado de Helena González

Diseño de portada: Javier Ferrini

Composición electrónica: Juan Francisco Vázquez L.  
Teléfono: (58-2) 577.0566

Impreso en Venezuela

ISBN 980-317-143-7  
Depósito legal: lf 36919983202949

Introducción _____ <i>Wilfredo Lozano</i>	7
Los procesos de cambio social y político en el Caribe de la Posguerra Fría: una posición divergente _____ <i>Anthony Maingot</i>	9
Sin urna de cristal: reordenamiento y transición socialista en Cuba _____ <i>Rafael Hernández</i>	29
Haití en la Posguerra Fría: la cambiante relación Estado/sociedad _____ <i>Sabine Manigat</i>	57
Transiciones pos-autoritarias, cambio social y sistema político en República Dominicana: 1961-1996 _____ <i>Wilfredo Lozano</i>	77
Las relaciones cubano-norteamericanas: de la Guerra Fría a la guerra más fría _____ <i>Jorge Domínguez</i>	115
Las relaciones entre Estados Unidos y República Dominicana: el tema de la democracia en la Posguerra Fría _____ <i>Rosario Espinal / Jonathan Hartlyn</i>	137
Las cambiantes relaciones entre Estados Unidos y Haití: de la seguridad nacional a la apertura democrática después de la Guerra Fría _____ <i>Cary Hector</i>	159
Entre la “narcodemocracia” y el Leviatán antidrogas: fuerzas de seguridad, Estado pospopulista y nuevas formas de autoritarismo en el Caribe _____ <i>Jorge Rodríguez Beruff</i>	183

Transiciones perversas y patrones del narcotráfico en Cuba,  
República Dominicana y Haití \_\_\_\_\_ 209  
*Eduardo Gamarral/ Joseph Rogers*

Geopolítica y migración caribeña:  
de la Guerra Fría a la Posguerra Fría \_\_\_\_\_ 239  
*Ramón Grosfoguel*

Balance crítico. Seguridad, autoritarismo y democracia en el  
Caribe de la Posguerra Fría (apuntes para una conclusión futura) \_\_\_\_\_ 257  
*Wilfredo Lozano*

Bibliografía \_\_\_\_\_ 277

Autores \_\_\_\_\_ 293

# Los procesos de cambio social y político en el Caribe de la Posguerra Fría: una posición divergente

Anthony Maingot

*"El colapso de la Unión Soviética representa más que un momento crítico ("watershed")-geopolítico; al paso de los años, los historiadores lo interpretarán también como el fin de una era intelectual".*

Steven Merritt Minor, *New York Times Book Review*, 3 marzo, 1997, p. 9.

Con estas palabras el soviólogo Steven Merritt Minor nos introduce al concepto y a la idea del momento crítico (el "*historical watershed*") que implica un rompimiento categórico entre una etapa y la otra. Esta idea del momento crítico conlleva una suposición muy grande: se asume que entendemos, en su totalidad y como un proceso histórico unilineal, dos fases históricas muy distintas intelectualmente así como el proceso que las divide: la etapa que se deja atrás, la etapa que le sucede y el proceso o las causas de esta transición. De forma tal que cuando hablamos de una "etapa Posguerra Fría" nos basamos en la suposición de que entendemos en su totalidad estas tres dimensiones del proceso histórico.

En este trabajo disiento de esta divulgada suposición histórica en su aplicabilidad al Caribe. Insisto, al contrario, en que nuestra apreciación de la fase actual se basa en una mala interpretación de los procesos político-sociales de la etapa de la Guerra Fría en el Caribe, como también de las características particularmente caribeñas del momento crítico (el *watershed*). Concluyo de esto que no entendemos plenamente los procesos que nos confrontan en la Posguerra Fría, pues no hemos ahondado en la continuidad que existe en el Caribe entre una etapa y la otra. El problema es que la realidad caribeña se ha definido desde afuera, en función de los objetivos geopolíticos de los grandes poderes mundiales. Es fundamental en este período de "transiciones" entender qué es lo que continúa y qué es lo que transita.

Empecemos, pues, con una reinterpretación del proceso que más llamó la atención durante el período de la Guerra Fría: la noción de que existía una verdadera "guerra" entre un movimiento social marxista-leninista y sociedades de índole tradicional. Aquí asumo que lo que condujo al momento crítico y al período "pos", no fue una gran victoria intra-caribeña del capitalismo, sino una victoria norteamericana sobre el mundo socialista en general y la Unión Soviética en particular. Dado este proceso exterior a la región, concluyo afirmando que el momento crítico en el Caribe no se puede identificar como una "victoria" en un período específico, sino como un largo período donde las fuerzas marxistas-leninistas, a pesar del apoyo internacional que lograron, no

alcanzaron la suficiente fuerza popular como para retar al sistema existente a un punto tal que permitiera hablar de “una guerra” y “una victoria”. Disiento, pues, de una conclusión que en mi opinión está muy equivocada: que los problemas de la fase Posguerra Fría en el Caribe son cualitativamente diferentes de la fase de la Guerra Fría. De esta suposición se deriva otra, aún más cuestionable: una vez quedó sin compás ideológico y orientación intelectual propios, al Caribe no le queda otra alternativa que mirar hacia el Norte y seguir las nuevas reglas del juego que el Norte impone.

Difiero de esa conjetura histórica por tres razones que desarrollaré a lo largo de este trabajo:

1. El movimiento marxista-leninista en la región, con la excepción de Cuba, jamás fue un movimiento social, si se entiende por eso un esfuerzo colectivo de grandes números de personas que buscan cambiar dramáticamente las relaciones estructurales existentes. En el Caribe hubo varios movimientos liderados por pequeñas élites, generalmente de alto nivel intelectual, pero autoritarias y cerradas. A pesar del poco apoyo popular, tuvieron una gran voz a nivel internacional. Esta voz les facilitó a dichas élites precisamente las condiciones de Guerra Fría que las grandes potencias creaban para sus propósitos geopolíticos.

2. Como estas minorías no expresaban movimientos sociales, el momento crítico (la “transición” a la Posguerra Fría en el Caribe), no fue traumático. Esto explica porqué no hubo mucho triunfalismo y revanchismo entre “victoriosos” y “derrotados”. A la vez, esto explica la actual participación activa y productiva de muchísimos marxistas en la nueva etapa.

3. La etapa Posguerra Fría no representa, pues, toda una gama de nuevos retos sino antiguos problemas que continúan pero que se conceptualizan diferentemente. El peligro radica en dejar —como ocurrió durante la etapa de la Guerra Fría— que actores externos monopolicen la conceptualización de estos problemas. En la elaboración de ambos aspectos, el lenguaje (los conceptos) y la agenda, deben tener tener participación mayoritaria los actores propiamente dichos de la región.

Antes de entrar en materia, una nota metodológica sobre los “momentos críticos” (*watersheds*) en la historia. Todo momento crítico tiene dos dimensiones: la institucional y la psicosocial (actitudes, orientaciones ideológicas). Un cambio institucional, digamos la transición de colonia a país independiente, es más fácil de trazar y describir que una transición psicosocial. Pero es precisamente esta última la más importante para entender los cambios o las continuidades de los procesos históricos.

Para entender la Posguerra Fría se requiere una reformulación de lo que en verdad fue la confrontación mundial en la región durante esas décadas. Tenemos que entender cuál fue la correlación de fuerzas, institucionales y psicológicas, y la naturaleza de la “guerra” que se libró. En lo que sigue presentamos una simple aproximación hipotética, de cara a esa tarea intelectual.

## El “socialismo” en el Caribe: el factor “raza”

El socialismo en el Caribe tiene un importante parecido con el del viejo continente: es de origen europeo y es traído a las islas por intelectuales de clase media. Por lo demás, hay una gran diferencia, pues la situación como colonias europeas significaba evoluciones históricas diferentes.

En el caso de las Antillas Británicas, el origen ideológico de su pensamiento socialista fue el socialismo no marxista inglés, el fabianismo (Maingot, 1979). Este movimiento tenía raíces en los sentimientos de bondad cristiana profesados por sectores de la aristocracia inglesa, algunos de los cuales ocuparon puestos importantes en la administración colonial de las Antillas. Era de esperar que los partidos socialistas de la región tuviesen lazos con el Partido Laborista inglés, portavoz de la ideología fabiana. Así lo tuvieron el Peoples National Party (PNP) de Norman Manley en Jamaica, el Barbadian Labour Party (BLP) de Grantley Adams en Barbados y muchos otros líderes en las otras islas. En Trinidad, los orígenes de la política socialista, con el Capitán Arthur “Tattoo” Cipriani, se definió en alianza con los laboristas ingleses, pero debido al celo nacionalista de Eric Williams no se mantuvieron esos lazos institucionales, aunque se conservaron pautas fabianistas en su partido, el Peoples National Movement (PNM). En Guyana Británica, el hecho de que uno de los fundadores de la política nacional, Cheddi Jagan, estudió en EEUU y allí contrajo matrimonio con una miembro de la Juventud Comunista de Chicago, le dio una orientación claramente pro-soviética al partido que eventualmente controló, el Peoples Progressive Party (PPP). Al llegar el período de independencia el PPP tuvo que competir con otros dos partidos que reclamaban ser de “vanguardia”: el Peoples National Congress (PNC) de Forbes Burnham y el Working Peoples Alliance (WPA), fundado originalmente por Walter Rodney. Pero el obstáculo más serio que confrontó el PPP fue un elemento no contemplado por Lenin en sus análisis de clases, pues la política de Guyana se agitaba alrededor de la cuestión racial, del factor “raza”, y no de la “clase”. Este factor, la raza, así como los factores religiosos y el nacionalismo, tiene tanta importancia en el Caribe que obliga a que el estudio de los líderes y las ideologías marxistas de la región tenga que ser tanto psicológico como sociológico. Como dirían los franceses: en el Caribe, el Marx “*en pantoufles*” es tan importante como el Marx de la teoría.

Es de este modo como hay que entender cómo el líder socialista de la isla francesa de Martinique, Aimé Césaire, al renunciar al partido comunista francés lo hiciera como una “toma de conciencia”, no de un proletario, sino “como hombre de color” que se queja de que su problema como ser colonial no es tomado en cuenta por la URSS (Césaire, 1956/1957)<sup>1</sup>. Mi problema, le dice Césaire a Maurice Thorez, Secretario General del Partido Comunista francés en ese momento, es de una naturaleza fundamental: hacer del socialismo un problema “nuestro”. “Lo que deseo”, dice Césaire, “es que el Marxismo y el

Comunismo sean utilizados para beneficio del hombre de color, no el hombre de color para beneficio del Marxismo y el Comunismo”. La posición de Césaire en 1956 llegó a ser la posición fundamental de muchos marxistas de color en el Caribe y en Africa: en las palabras de Senghor de Senegal: “...nosotros debemos asimilar, pero no ser asimilados [absorbidos]” (Senghor, 1964, p. 165).

Esta posición de independencia de los líderes socialistas de mayor arraigo popular en el Caribe refleja las dificultades que tuvo Moscú en tratar de aprovechar el sentimiento anticolonista y la sed por la justicia social de las masas del Caribe.

La victoria del marxismo-leninismo en Cuba en los años sesenta cambió un poco los parámetros del juego político marxista en el Caribe, pero no del todo.

El socialismo en Cuba tuvo orígenes muy parecidos a los del resto de América Latina: fue traído a la isla por inmigrantes europeos, mayormente sindicalistas y anarquistas, muy a principios del siglo.

Por los años treinta es cuando propiamente el marxismo comienza a dominar la escena socialista. Sin embargo, en 1935 el COMINTERN ordena que La Habana y todos los demás partidos comunistas del Caribe se subordinen al Partido Comunista Norteamericano (Alexander, 1957, pp. 304-305). Así, Earl Browder, Secretario General del Partido Comunista Norteamericano, llega a ser el consejero general (y proveedor de fondos) para el Partido Comunista Cubano (PCC). Este último, de esa manera continúa esclavamente las directrices de Moscú, pero vistas a través de los ojos de comunistas norteamericanos. A esto se le llamó “Browderismo” (Thomas, 1971, pp. 744-745). Lo importante es que, en tales condiciones, el PCC no parece haber tenido dirección propia e independiente. De este modo, participa poco en la caída de Fulgencio Batista y la victoria de Fidel Castro en 1959. Esto explica, en parte, la impredecible tensión histórica en las relaciones entre la URSS y el gobierno de Castro.

El “voluntarismo” revolucionario de Fidel muy a menudo estuvo en conflicto con el pragmatismo soviético, causando muchas divisiones en el movimiento de América Latina y el Caribe (sobre este punto ver Jacques Levesque, 1978). La política de Cuba revolucionaria siempre pareció estar parcialmente basada en la determinación de no ver repetida la subordinación “Browderista” del viejo PCC y en parte por un nacionalismo *sui generis*. Todo eso hizo muy difícil su emulación por parte de otros países del Caribe que no compartieron ese proceso histórico.

Esto quedó muy claro en Grenada, tal vez el único caso en el Caribe donde las diferentes tendencias en la Guerra Fría se encontraran y combatieran, saliendo vencido el bando socialista. Si hay un momento crítico para el Caribe ese fue el asesinato de Maurice Bishop en octubre de 1983. Sin embargo, fue un momento crítico para Grenada y algunas otras islas de habla inglesa, pero no para la región en general.



## Grenada: 1979-1983

El 13 de marzo de 1979 un pequeño núcleo de jóvenes de clase media apoyados por trabajadores portuarios tomaron por asalto el Estado de Grenada. Las armas habían sido compradas en Miami, aunque se hizo poco uso de ellas. El ejército de Eric Gairy de 65 hombres puso poca resistencia y el pueblo no tuvo participación alguna en el asunto. Es fácil decir que Gairy, el depuesto líder, era poco popular entre la clase media de la isla. Es más difícil decir qué grado de popularidad tenían sus opositores, los rebeldes del Movimiento de la Nueva Joya (MNJ) (New Jewel Movement). En la única elección en la que participaron (1976) fueron parte de una amplia coalición (People's Alliance) de tres partidos. Votó 65% del electorado (42.782 personas); la Alianza recibió 48% de estos votos y, de este 48%, 25% votó por candidatos del MNJ. Pero como el sistema es el de "first-past-the-post" inglés es difícil decir qué parte de ese 25% votó por el MNJ, o si votaron por los que eran los únicos candidatos del People's Alliance en esos distritos electorales. Lo que sí puede decirse es que ni Maurice Bishop, ni Bernard Coard, ni ninguno de los otros líderes revolucionarios se habían presentado al electorado grenadino a título propio y con el programa que después instrumentaron una vez tomado el poder.

A pesar de ese pasado de dudosa popularidad, la "revolución" grenadina dio auge a una gran literatura sobre lo que tres autores ingleses llamaron "el único" movimiento social auténtico en el Caribe angloparlante (ver Payne/Sutton/Thorndike, 1984, p. 34; Maingot, 1985). Al salir a la luz los nuevos documentos secretos capturados por las tropas norteamericanas, uno de estos autores ingleses, Tony Thorndike, cambió de opinión y en un nuevo libro (1985) llega a las siguientes conclusiones:

1. La teoría adoptada por los líderes de la revolución grenadina del camino "no-capitalista" no fue nada auténtica, vino del ruso R. Ulyanovsky y fue proclamada en 1975 en la Declaración de La Habana "y adoptada por los intelectuales antillanos".

2. Ya para 1974 el MNJ secretamente se había convertido en un partido marxista-leninista (p. 22). Como dice Thorndike: "se reforzaron los criterios para asegurarse un partido elitista de cuadros, selectos y dedicados" (1985, p. 49).

3. Según Thorndike, la estructura que se creó después de la insurrección le debía mucho a la Revolución Cubana. En definitiva, se copió el modelo del liderazgo personalista, es decir, de la figura dominante. "El liderazgo del partido", dice Thorndike, "estaba ansioso de constituir una superestructura 'ortodoxa', lo más parecido a la de sus mentores, Cuba y la Unión Soviética" (1985, p. 81).

Pero esto, explica Thorndike, fue una burda imitación, "una parodia del socialismo" que fue la razón fundamental de su fracaso (1985, pp. 177-178). ¿Qué pasó entonces con la tesis del movimiento social, del liderazgo populista

y las masas revolucionarias? Jamás existieron, excepto en la literatura oportunista que se aprovechaba del clima creado por la Guerra Fría. Estados Unidos había hecho de Grenada parte fundamental de esa guerra, lo cual le daba a los líderes revolucionarios una plataforma que no tenía nada que ver con su nivel de apoyo interno. Faltando ese apoyo interno, los líderes de lo que se llegó a llamar el Peoples Revolutionary Government (PRG) decidieron volcarse al mundo exterior y al mundo capitalista, en particular, en busca de apoyo.

Analicemos dos relaciones específicas del PRG: primero, sus relaciones con los otros partidos radicales en la región y segundo, sus intentos de establecer relaciones con EEUU (1).

El cuadro 1 indica cuáles fueron, en la región, partidos aliados y su debilidad electoral. Las relaciones entre las organizaciones y entre sus principales líderes eran de tipo ideológico, una mezcla de marxismo y de poder negro. Aquí, como dijimos anteriormente, hay que ver a estos ideólogos en lo que los franceses llaman *en pantoufles*, es decir en sus relaciones personales e informales. Tomemos el caso del marxista Tim Hector de Antigua; sus palabras después de la muerte de Bishop indican claramente la permanencia de la relación personal, pero también lo cambiante de la relación ideológica. “Entre Euzi Kawayna de Guyana, Maurice Bishop y yo, hay y ha habido un singular e inquebrantable lazo. Fuimos todos forjados en la misma encrucijada: Poder Negro; el socialismo no fue sino una extensión lógica de esa bandera”.

Y de ese lazo personal-ideológico viene el juicio de Hector: “La historia absolverá a los detractores derechistas [de Bishop], pero no a sus inesperados enemigos de izquierda”. Igualmente, el académico y líder político marxista guyanés, C.Y. Thomas, declararía que la lección fundamental del fracaso del “experimento” grenadino es que el socialismo no puede ser simplemente un proyecto de élites sino de las grandes masas, es decir, tiene que ser un movimiento social (2).

Para entender el vínculo de la dimensión pragmática con el énfasis racial de las acciones del PRG, hay que entender dos aspectos de su situación: primero, la desesperada situación económica del PRG, ya para fines de 1982, y segundo, la incapacidad de sus amigos ideológicos de aliviar esa situación. De allí vino lo que he llamado “la estrategia norteamericana”. Como informó el embajador grenadino ante la ONU, el pragmatismo se expresó en el enorme potencial económico entre la población negra de EEUU, en general, y la de origen grenadino, en particular. Bishop viajó a EEUU, precisamente para consolidar todo un plan de acción –incluso la compra de un edificio y de una estación de radio– para acercar al sector negro grenadino y americano.

(1) Esta parte está analizada a fondo en Maingot (1985).

(2) Citado por Gordon K. Lewis (1987, p. 197). Sobre la desilusión del socialista Lewis con los movimientos de izquierda autoritarios, véase Maingot, 1991.

Cuadro 1

Partidos caribeños con lazos con el PRG

País	Partido	Líderes (a)	Resultados electorales (b)
Antigua	ACLM	Tim Hector (1980:2,8%)	1980: 1,2%
Bahamas	Vanguard	Lionel Clark	N.C.
Barbados	Monali		N.C.
Dominica	DLMA	Bill Riviere (198): 21,8%)	1980: 8,4%
St. Lucía	PDP	George Odium (1982: 46,2%) Mike Pilgrim (1982: 35,6%)	As PLP 1982: 27,1%
St. Vincent	UPM	Simeon Greene (1979: 16,8%) Ralph Gonsalves (1979: 19,1%)	1979: 13,6%
Jamaica	WPJ	Trevor Munroe (1980)	N.C. 1986: 0,2%
	PNP	Michael Manley (1980: 55%)	1980: 42,3%
Guyana	PPP	Cheddi Jagan	1980: 19%*
	WPA	Collective Leadership	Boycott
	PNC	Forbes Burnham	1980: 77%*

(a) Votaron en su distrito electoral.

(b) Voto general del partido.

\* Manipulaciones electorales hacen de esta figura un mero estimado

NC = No participaron en la elección

Fuentes: Patrick A. M. Emmanuel, *General Elections in the Eastern Caribbean: A Handbook*. (Cave Hill, Barbados, 1979); Douglas Midgett, *Eastern Caribbean Elections, 1950-1982*. (Iowa City: The University of Iowa, n.d.)

Por más pragmático que fuese el plan, había un cambio ideológico importante: un retorno a la ideología del Black Power. Esto tuvo un impacto dentro del partido donde ya había una división entre el grupo de Coard que pedía una disciplina y línea estrictamente leninista, y el de Bishop que reclamaba más cautela. Desde el punto de vista estrictamente marxista-leninista, la facción de Coard (con sus muchos consejeros marxistas jamaíquinos, trinitarios y guyaneses) tenía razón: compromisos ideológicos en medio de cambios pragmáticos pueden conducir a cambios ya no de estrategia sino de rumbo. Este temor y, sin duda, las ambiciones personales, llevaron al desastre del 13-19 de octubre de 1983: el asesinato de Bishop y varios de sus más cercanos colaboradores.

Grenada fue el caso más claro donde se unieron en un solo país todas las tendencias existentes en la región: una sociedad relativamente conservadora, pero en rebelión contra un gobernante autoritario y corrupto; una élite marxista-leninista decidida a implantar un modelo político tipo cubano a espaldas del pueblo; la intervención de la URSS, EEUU y las demás islas angloparlantes. De todo esto se concluyen tres cosas:

1. Como esta experiencia no produjo un movimiento social, sino un gobierno elitista que intentaba implantar un modelo extranjero desde arriba, no hubo grandes cambios, ni en las instituciones, ni en las actitudes tradicionales grenadinas. Por ejemplo, no se cambió la Constitución, dejando al Gobernador General en su puesto, lo cual después llegó a serle muy útil a la fuerzas invasoras norteamericanas y al gobierno pos-revolucionario.

2. El “momento crítico” (*watershed*) vino primero como resultado de un conflicto interno a la élite y luego como el producto de la invasión norteamericana. No hubo grandes cambios sociales.

3. En términos de instituciones y actitudes, el período Posguerra Fría no resultó muy diferente del anterior.

Así, pues, debe entenderse que las transiciones conducidas por élites sin base popular no llevan a momentos críticos que impliquen cambios de instituciones y actitudes. Grenada no fue Cuba, donde sí se puede hablar de momentos críticos porque hubo un verdadero movimiento social. Grenada no fue el único caso en el Caribe donde la verdadera correlación de fuerzas en pugna se exageró por la exigencias geopolíticas de los grandes poderes.

Estos dos factores, el carácter elitista de los partidos marxistas y el énfasis sobre la cuestión racial, quedan muy claros en el caso de Jamaica, el cual llegó a tener gran relieve internacional durante el período de la Guerra Fría. Allí, el Worker's Party of Jamaica (WPJ) bajo el liderazgo del Dr. Trevor Munroe fue puente fundamental entre los cubanos y el ala izquierda del partido de Michael Manley, el PNP; también fue el enlace con la revolución grenadina y los marxistas en Guyana y otras islas.

En 1989 hubo una ruptura en el liderazgo del WPJ, con las salidas de varios miembros del Comité Central. El Dr. Don Robotham (como Munroe y tantos otros), profesor en la Universidad de los West Indies (UWI), publica una carta en el *Jamaica Weekly Gleaner* (29 de agosto de 1988) donde acusa al partido de seguir una doctrina marxista-leninista que es “estrecha y dictatorial con formas de organización que requieren que los miembros se subordinen y sean manipulados y ahogados intelectualmente....” Dos cosas en particular parecen haber contribuido a esta crisis: 1) la publicación de los “documentos secretos” sobre Grenada que revelaron que el Dr. Munroe había viajado secretamente a Grenada durante la crisis de octubre de 1983 y había servido como consejero de la fracción de Bernard Coard, aun después del asesinato de Bishop; y 2) el hecho de que en su primera salida electoral en 1986 (elecciones municipales) el WPJ había tenido muy malos resultados: obtuvo 0,2% de los votos. El

carácter elitista y autoritario del partido quedó bien claro. No es de sorprender que en 1989 Trevor Munroe decidiera que era necesario “una reevaluación profunda” de la ideología del partido. La crisis del marxismo soviético e internacional se hizo sentir, golpeando y presionando a Michael Manley y el PNP, el cual experimentó así un dramático cambio hacia el centro, después de su masiva derrota electoral en 1980. El ala izquierda del PNP y el WPJ quedaron sin los lazos que le daban una imagen de apoyo popular. ¿Qué quedaba? Volver a la fuente tradicional de la cultura política caribeña: la raza. Munroe hizo un llamado para “un nuevo humanismo...” que ‘caribeñice,’ que ‘negree’ [“*blacken*”] el marxismo-leninismo para así unirlo más a nuestro pueblo y a nuestro pueblo más con él (*World Marxist Review*, March 1989).

Es interesante que en el mismo año el Partido Vanguardia Popular y el Partido del Pueblo Costarricense decidieran crear el movimiento Pueblo Unido, bajo el liderazgo del sociólogo universitario Daniel Camacho. Camacho declaró que lo primero que había que hacer era acabar con el “estalinismo” que había controlado el partido hasta entonces. Se revelaron por primera vez las respuestas a una encuesta secreta entre miembros del partido hecha en 1983. Los resultados habían arrojado los siguientes porcentajes de los que se identifican con:

- movimientos revolucionarios como los de Cuba y Nicaragua: 1,5%
- reclamos laborales: 20%
- “reclamos patrióticos y nacionalistas”: 60% (cf. *Libertad*, 23 de febrero de 1989).

De nuevo el ejercicio político se expresaba a espaldas del pueblo: no habían publicado los resultados para no “desmoralizar” al movimiento. Así, pues, mi investigación arroja similares resultados en muchas otras partes del Caribe donde el elitismo escondía la falta casi total de apoyo popular.

En resumen, lejos de ser líderes de movimientos sociales, de masas revolucionarias, la gran mayoría de los partidos marxistas-leninistas de la región durante el período de la Guerra Fría fueron grupos minúsculos liderados por intelectuales elitistas poco dados a la democracia interna y a la transparencia pública. El fin de ese período (de la Guerra Fría) afectó dramáticamente a estos pequeños grupos, pero sería una exageración decir que, a su vez, ellos afectaron a la sociedad, o crearon un momento crítico histórico, una tajante línea divisoria entre los dos períodos. Así, mientras para las élites hubo dos períodos dramáticamente diferente, sin duda producto de lo que para las superpotencias eran dos grandes períodos, el “ante” y el “pos” de la Guerra Fría, para las sociedades en general no hubo tales cosas. Hubo, pues, más continuidad que cambio.

De todo esto podemos inferir que muchos de los “nuevos” problemas que le atribuimos a la “incertidumbre” del “nuevo período” tal vez no sean tan nuevos. Hasta en estos casos ha habido más continuidad que innovación.

Lo plausible de mi tesis divergente de la idea de una etapa pos-Guerra Fría

queda establecido cuando analizamos lo que sin duda se ha convertido en el problema regional de mayor envergadura en la nueva geopolítica norteamericana, el narcotráfico. En tal sentido, como veremos en seguida, si a nivel mundial ha habido un *watershed* entre dos períodos claramente delimitados, la Guerra Fría y la Posguerra Fría, en el Caribe no ha habido, en nuestra opinión, un quiebre tan claro. Una de las razones de ello radica en lo que llamo el fenómeno del “*blowback*”.

### El fenómeno del “*blowback*”

Son muchos los casos donde las condiciones de la Guerra Fría condujeron a una u otra de las superpotencias a apoyar, o a hacerse de la vista gorda, frente a situaciones o movimientos en sí mismos ilegales o inmorales, a fin de sacarle ventajas al enemigo. Este tipo de situaciones puede calificarse como “*blowback*”, es decir, casos donde les “salió el tiro por la culata” a los grandes poderes mundiales. En términos sociológicos estaríamos hablando en estos casos de condiciones “latentes” que resultan inesperadas, a propósito de las acciones manifiestas que los actores realizan. Tales condiciones latentes salen a la luz del día mucho más tarde. Afghanistan es un caso clásico: la CIA apoyó a los Mujahadeen por ser anti-soviéticos; estos guerrilleros no solamente se volcaron contra Occidente y EEUU en particular, sino que contribuyeron al aumento exorbitante de la producción de heroína para exportación a Occidente.

En el Caribe, durante el período de la Guerra Fría, la política de EEUU y Europa era ignorar o minimizar los pequeños “pecados” de aquellos que servían a los grandes propósitos de esa guerra. Como señala Paul B. Stares (1996), era un caso de prioridades estratégicas donde la batalla contra el comunismo era más importante que la guerra contra las drogas (Stares, 1996, p. 21). Estas prioridades se aplicaron también al resto del continente; un claro ejemplo es México. En un reportaje sobre corrupción y tráfico de drogas en México, *The New York Times* describe una situación típica de “*blowback*”. En lo que era la oficina más importante de la CIA en América Latina, Ciudad de México servía de base de operaciones contra los servicios de inteligencia de la Unión Soviética, de Cuba y de los guerrilleros centroamericanos. El precio de conseguir la cooperación de los servicios militares mexicanos fue “hacerse de la vista gorda frente a la corrupción ligada al tráfico de drogas” (3).

El resultado de esta estrategia de la Guerra Fría fue una serie de grandes y pequeños “*blowbacks*”. Algunos son de fecha reciente, pero otros llevan muchos

---

(3) Tim Golden, “Mexico and Drugs: Was the U.S. Napping?” *The New York Times*, July 11, 1997, pp. 1, 10, 11.

años, precisamente allí donde hubo una temprana participación en el narcotráfico por parte de aliados en la Guerra Fría.

Es evidente que un comercio tan complejo como el del narcotráfico no se crea de la noche a la mañana. Esto queda claro cuando trazamos sus orígenes en el Caribe, empezando con el caso de Panamá, tal vez la situación “*blowback*” más marcada de la región (4).

Las acusaciones de que Panamá era un país infiltrado por el narcotráfico no empezaron con el fin de la Guerra Fría. El ex Embajador de EEUU en Panamá, William Jordan, relata cómo en 1978 los opositores del Tratado del Canal de Panamá constantemente utilizaban esa acusación para “frenar” el Tratado. No pudieron hacerlo pero en el proceso enfurecieron al entonces líder, Omar Torrijos, quien consideraba dicha acusación la más insultante de todas las empleadas para sabotear las negociaciones (Jordan, 1984, p. 523). Las acusaciones desataron un nuevo enfoque sobre la situación panameña, pues fue con base en esas acusaciones cuando unos años después se iniciaron las investigaciones sobre el tráfico de drogas y el lavado de dólares en Panamá. Los resultados de estas investigaciones clandestinas (“*sting operations*”) salieron a la luz a finales de la década de los ochenta. Con nombres como “Piscis” (1987), “Calibre Chase” (1988), “Polar Cap” (1989), todas dejaron muy claro que Panamá era un gran centro de lavado de dólares provenientes del narcotráfico y el crimen organizado internacional. Pero Panamá era mucho más que eso, era ya un gran centro de actividad ilícita para intereses de todo tipo, desde criminales internacionales hasta agencias de las naciones involucradas en la Guerra Fría. Lo usaba la CIA, la KGB, incluso el gobierno cubano, cuando quiso evitar el embargo de EEUU, fundó la Corporación CIMEX que utilizaba todas las facilidades que Panamá brindaba: banca, importaciones y exportación vía la Zona Franca de Colón y, fundamentalmente, protección oficial y secreto. El hecho es que Panamá era un gran negocio. Papeles de ciudadanía panameña, pasaportes diplomáticos, visas, todo estaba a la venta. Después de la invasión Americana “Just Cause”, el nuevo director de la reorganizada Policía Técnica Judicial (PTJ) reveló cuán fácilmente el 75% de los criminales buscados por la INTERPOL había entrado o se había establecido en Panamá en algún momento (*El Nuevo Herald*, Miami, 30 Dec., 1990, p. 2). Con las batallas de la Guerra Fría librándose en Nicaragua, El Salvador y muchos otros lugares, Panamá jugaba el papel de Gran Bazar, sirviendo a todas las ideologías, a todos los bandos en la Guerra Fría y a todos los criminales internacionales. Todo esto le dio al que fue jefe indiscutible del país desde que murió el General Torrijos —el General Antonio Noriega, ahora preso por narcotráfico en Miami— la oportunidad de desmentir la acusación de que Panamá fue el país donde se

---

(4) El caso Panamá es analizado más a fondo en Maingot (1997).

originó el negocio de la banca *offshore* para el lavado “en grande” de dólares. “Todo esto es falso”, expresa Noriega en un libro reciente, “los americanos le impusieron a Panamá la condición de santuario para la banca “*offshore*” para sus propios propósitos.... Fue la Ley de la Banca Secreta, propulsada por Estados Unidos, la que fomentó el crecimiento de la lavada (*sic*) de dinero” (Noriega, 1997, p. 190).

Es obvio que esta estructura de facilidades “*offshore*” no pudo haberse creado de un día para otro. Panamá es el centro *offshore* más antiguo de la región y uno de los más antiguos del mundo. Desde 1855, cuando el ferrocarril conectó las dos costas de la entonces provincia colombiana, el destino de Panamá como centro mercantil y de economía de tránsito quedó sellado. Este destino se consolidó e institucionalizó cuando se creó la nueva República de Panamá bajo el auspicio norteamericano. En 1904 esa república (nada soberana como se sabe) firmó un tratado monetario con EEUU (Moreno, 1991). El dólar americano quedó como la moneda nacional y Panamá prometió no establecer restricciones de cambio de ningún tipo. En 1927 Panamá emuló las leyes de banca e incorporación de los estados de Delaware y New Jersey y produjo su primera ley de incorporación, como aliciente al negocio “*offshore*” que ya se vislumbraba. La ley de 1927 le daba tratamiento especial al capital extranjero en el régimen de impuestos, garantizando total secreto sobre las inversiones y transacciones; también preveía que cualesquiera dos personas con edad legal, fueran panameños o no, presentes en el país o no, podían establecer una corporación. Esta ley creó los elementos básicos de un centro “*offshore*”. La Ley 18 de 1959 añadió cuentas numeradas y secretas al sistema bancario. Todas estas dimensiones de tipo confidencial y secreto se consolidaron con la Ley Bancaria de 1970. En ese año no solamente disminuyeron aún más los impuestos sobre fondos en la banca “*offshore*”, haciéndose más fácil la entrada y salida de fondos, sino que se crearon leyes complementarias en los Códigos Comerciales, Criminales y Obreros que estipulaban pesadas sanciones para los que de algún modo violaran las obligaciones y garantías de la ley del secreto bancario.

Los mismos razonamientos geopolíticos y macroeconómicos condujeron a la creación de la Zona Franca en el puerto de Colón. Esta zona franca se creó por el Decreto-Ley No. 18 de 1948, justo cuando empezaba lo que se llamaría la Guerra Fría. Claro está que aquellos que han estudiado la historia del contrabando entre Colombia y Panamá saben que el contrabando no empezó con la creación de la Zona Franca. Lo que ésta hizo fue simplemente institucionalizar y engrandecer el negocio haciendo a la vez más fácil el lavado de dinero.

Con la presencia del Canal, el centro bancario y la Zona Franca de Colón, Panamá se había convertido en el perfecto centro “*offshore*” antes, durante y después de la Guerra Fría. Allí no ha habido línea divisoria o momento crítico. Al contrario, ha habido un desarrollo armónico entre la evolución de la



sociedad, de la política, y de la economía en general, con el desarrollo del sector "offshore". Fundamentalmente, este desarrollo nacional estuvo en perfecta armonía con las necesidades de la comunidad internacional, especialmente la norteamericana. Cada vez que surgía una necesidad, legal o ilegal, y de allí presiones de la comunidad internacional, los panameños liberalizaban más sus leyes bancarias. En 1970, cuando empezaba de lleno el tráfico de drogas a EEUU y se calentaba la Guerra Fría con el conflicto con Cuba, el Decreto 238 del 2 de julio de 1970 aflojó aún más la legislación bancaria, según Noriega bajo presión norteamericana. Desde ese momento hubo un explosivo crecimiento del sector "offshore". En 1970 había 20 bancos con 2.881 empleados y cUS\$ 854 millones en depósitos. Ya para 1982 había 122 bancos empleando 8.726 personas y con US\$ 49 mil millones en depósitos (Moreno, 1991, pp. 23 y 50).

Lo que finalmente acabó con el narcogobierno de Noriega no fueron las acciones del gobierno federal americano sino las acciones de dos fiscales generales en el estado de la Florida, los dos con ambiciones políticas y esperanzados de que sus "guerras contra las drogas" darían éxito a sus ambiciones. Pero como le dijo uno de estos señores al escritor Frederick Kempe, el gobierno en Washington no solamente les dio poca ayuda sino que "entre más alto voy en el gobierno [de EEUU], más reticencia hay [de atacar a Noriega]. Entre más cerca de la meta, menos parecen querer dar en el blanco" (Kempe, 1990, p. 239). Los libros de Kempe y uno sobre el mismo tema de John Dinges (1990) dejan muy claro que, lejos de ser una aberración, Noriega fue un producto de la geopolítica de EEUU hacia Centroamérica y el uso de Panamá como puntal para hacer avanzar esa línea geopolítica. Fue solamente cuando Noriega dejó de servirle a esa estrategia cuando Washington decidió abandonarlo a los procesos criminales iniciados por los fiscales en Florida. Ya había empezado la "guerra contra las drogas" y con ella una verdadera catarata de acusaciones públicas contra Panamá. Desafortunadamente, ya Panamá era el típico Estado "blowback" con una infraestructura que se prestaba fundamentalmente para los negocios ilícitos y que resistía todas las iniciativas de las autoridades invasoras. En abril de 1991 Michael Kozak, encargado de la Guerra contra las Drogas en el Departamento de Estado, le dijo a un comité de la Cámara de Representantes de EEUU que el narcotráfico y el lavado de dinero en Panamá habían vuelto a los niveles que existían antes de la invasión de 1989 (5). En mayo de ese año, la DEA mencionó 22 bancos que lavaban dinero; en julio, la General Accounting Office (GAO) dijo que el narcotráfico y el lavado de dinero habían aumentado desde la invasión (6); en agosto, el zar de la guerra

---

(5) *The Miami Herald*, 18 abril, 1991, p. 9. También citado en el *Washington Post*, *Wall Street Journal* del mismo día.

(6) *Washington Post*, 28 julio, 1991, p. 1c.

contra las drogas, Lee Brown, estando en Panamá, criticó a ese país por no hacer más para parar el narcotráfico (7); en abril de 1994, el Asistente al Secretario de Estado para Asuntos de la Droga, Robert Gelbard, dijo que Panamá era de nuevo uno de los grandes centros de lavado de dinero (8). Tal vez sumando todas estas acusaciones, el Reporte Anual de 1996 sobre cumplimiento en la guerra contra las drogas del Departamento de Estado acusó al gobierno de Panamá de “hacer poco” para controlar el lavado de dinero por sus bancos y por la Zona Franca de Colón (9). No sorprende, pues, que cuando el novelista de la Guerra Fría, John Le Carré, quiso encontrar un sitio para su nueva novela “Posguerra Fría” (*El saestre de Panamá*, 1966) escogiera Panamá. Panamá, dice Le Carré, “no es un país, es un negocio”. Después de escribir el libro, Le Carré por lo menos tuvo la cordura de explicar cómo se creó ese negocio: “Lo extraordinario del caso —dice Le Carré— es que Panamá no es ni la mitad del desastre que pudo haber sido después del corrompimiento, el abuso y el maltrato recibido a manos de toda una serie de explotadores coloniales” (10).

Para la mayoría de los panameños, el concepto de explotador no parecía aplicarse a EEUU. Meses después de la invasión norteamericana, una encuesta de la Gallup indicaba que 86% de los panameños describía la invasión como “una liberación”, 89% la consideraba “necesaria” y 92% tenía una opinión favorable sobre la presencia de negocios norteamericanos en el país (11). Resulta evidente que lo que la pequeña izquierda en Panamá siempre ha llamado la situación colonial y puesto en el plano de la Guerra Fría, no era tal cosa para la mayoría de la población. En eso hubo gran continuidad histórica y poca línea divisoria.

Pero Panamá no es el único caso de *blowback* en el Caribe. El caso de la Cuba pre-revolucionaria y la de los primeros años después de la Revolución, es importante para entender los procesos de continuidad con el período actual de Posguerra Fría.

Hubo un comercio de morfina y heroína entre Medellín y La Habana desde los años cuarenta. Entonces ya se veían señales de los rasgos que serían característicos del negocio criminal internacional: la colaboración de oficiales corruptos a todos los niveles, las conexiones con el crimen organizado transnacional y la participación específica de la mafia norteamericana en el traslado de la droga a EEUU (sobre esto véase Bequai, 1979, p. 136; Riley, 1996, pp. 174-176; Powis, 1992, pp. 29-38).

(7) *La Prensa* (Panamá), 12 agosto, 1993, p. 2

(8) *La Prensa* (Panama), 14 de abril, 1994, p. 1.

(9) Ver Department of State, Bureau for International Narcotics and Law Enforcement Affairs, International Narcotics Control Strategy Report (1996, p.155).

(10) Cf. John Le Carré “Quel Panamá?”, *The New York Times Magazine*, 13 octubre, 1996, pp. 52-55.

(11) CID Gallup, Panama Public *Opinion. Executive Summary*. January, 1990.

En esos tempranos días, en La Habana, el intermediario central del tráfico era Santos Traficante Jr., miembro de la mafia norteamericana y la siciliana. Eran los días cuando —como nos dice Hugh Thomas— “*gangsters* profesionales abundaban en los nuevos hoteles de La Habana” (Thomas, 1971, p. 972). Según Thomas, el asesinato del jefe mafioso en Chicago, Anastasia, estuvo ligado a su intento de adueñarse de los casinos de Meyer Lansky (considerado el “cerebro” de la mafia norteamericana) en La Habana.

La historia de la erradicación por parte del gobierno revolucionario cubano de todo lo que estuviese relacionado con la mafia, con el juego y hasta con el turismo, es bien conocida. Menos conocida es la manera como estos hechos en Cuba afectaron dos situaciones de “*blowback*” en Miami y en Bahamas.

En Miami la CIA creó una gran flotilla de lancheros para infiltrar exiliados y atacar la Cuba revolucionaria. Después del acuerdo Kennedy-Khrushchev, este ejército de combatientes y sus veloces botes se quedaron sin guerra que pelear. Según el entonces jefe de la CIA, en ese momento al mando de los cubanos en Miami, los cubanos se volcaron a otros negocios: de drogas, pero también a la venta de armas a criminales de la región, especialmente en Colombia. “Ahora que los habíamos entrenado en el fino arte del contrabando —dice— algunos pusieron sus nuevos conocimientos al servicio del contrabando de drogas” (12). Según este agente, los cubanos fueron los primeros en utilizar equipo electrónico sofisticado para “monitorear” las actividades del gobierno norteamericano. “Los sopechosos, dice el ex agente de la CIA, empleaban muchas de las técnicas de inteligencia y seguridad que habían aprendido de la CIA, lo cual hacía nuestro trabajo más difícil” (Tripodi, 1993, p. 169). El resultado fue que los cubanos exiliados fueron los que primero procesaron la cocaína en polvo para el mercado norteamericano (y de ellos aprendieron los colombianos) (Riley, 1996, p. 174), llegando a tener tanta fuerza y organización en Miami y América Latina que desarrollaron redes de tráfico de drogas independientes de la mafia norteamericana (Bequai, 1979, p. 136).

Otro grupo de cubanos con acceso a poderosos botes fueron los langosteros que huyeron de Cuba para establecerse en el Río Miami. En algún momento hubo más de 600 botes. El negocio fue bueno hasta que las Bahamas, recién independizadas, les prohibieron la pesca de langosta en aguas territoriales. En tales condiciones, al terminar la pesca, buena parte de los langosteros se prestaron, al menos en un principio, al transporte de marihuana y, posteriormente, de cocaína.

Preocupado con la Guerra Fría, nada de todo esto causó gran revuelo en Washington. Tampoco lo causarían las tempranas evidencias de lo que llegaría a ser uno de los grandes casos de *blowback*: la transformación de las Bahamas en centro vital del transporte de la droga, lavado de dinero sucio y centro de

---

(12) Véase a Tripodi/DeSario, 1993; Henman, 1981, p. 132.

operaciones estratégicas de un sinnúmero de grandes criminales transnacionales.

Según dos expertos sobre el tráfico de cocaína, Bahamas en 1979 era “un país para la venta” (Gugliotta/Leem, 1989, p. 61). Había catorce *entrepreneurs* de la marihuana y la cocaína funcionando allí con la colaboración de los más altos dirigentes del país. Lo triste del caso es que las Bahamas ya se habían vendido mucho antes que en 1979. No faltó en este caso la conexión con las cuestiones raciales propias de la vida política del Caribe y con lo que estaba pasando en Cuba y la Florida.

Buscando una victoria electoral en 1967 para la mayoría negra, el abogado Lynden O. Pindling y su Progressive Liberal Party (PLP) encontraron un padrino en Meyer Lansky. El *quid pro quo* era que al financiar Lansky la campaña del PLP, en caso de una victoria electoral de dicha organización el nuevo gobierno le daría concesiones para establecer casinos (Eddy/Sabogal/Walden, 1988, pp. 135-137).

Seis años más tarde Pindling resultó contundentemente victorioso, llevando a su país a la independencia política. Ese mismo año el conocido multimillonario Robert Vesco estableció residencia en las Bahamas. A los pocos años Vesco serviría de anfitrión a un verdadero ejército de criminales, incluyendo al colombiano Carlos Lehder. Este último, eventualmente tomó control de la isla Norman Cay, instalando allí su propia pista de aterrizaje y hasta su “guardia” personal compuesta por alemanes. Vesco estableció residencia en otra isla, Cistern Cay. Había, pues, dos “repúblicas independientes” dentro del mismo territorio soberano bahamense.

En pocos años las Bahamas se constituyó en uno de los grandes centros *offshore* del Caribe, definiendo allí una íntima relación entre la banca legítima, el crimen organizado y un gobierno totalmente corrupto.

Lo importante es que, mientras algunas agencias policíacas norteamericanas investigaban todo esto, el gobierno de EEUU se hacía mayormente de la vista gorda preocupado como estaba en primer lugar por Cuba y, en segundo lugar, por el mantenimiento de su base de experimentación de misiles en territorio bahamense (13).

La misma indiferencia calculada existió de parte de los europeos pues hay que recordar que antes de enfocarse totalmente sobre EEUU, Bahamas había sido colonia británica y continuaba siendo miembro de la Mancomunidad Británica. La indiferencia de Gran Bretaña y de Holanda ante la penetración criminal ha sido parte fundamental de la historia de estas islas.

---

(13) Sobre esto véase Block, *Masters of Paradise: Organized Crime and the Internal Revenue Service in the Bahamas* (Transaction, forthcoming).

## Las posesiones europeas

El caso de la política holandesa es lo que dos académicos holandeses llaman “descolonización al revés”. Es decir, los antillanos no quieren la independencia pero sí mayor autonomía interna en el marco de sus lazos con Holanda. Esta última, apenada por la continuación de una relación “colonial”, ha mantenido un “bajo perfil”, insistiendo poco en mantener controles estrictos sobre asuntos internos (Hefte/Oostindie, 1991, pp. 71-98).

Todo esto comenzó a cambiar a principios de la década de los noventa. En el caso de Holanda, su intervención para deponer al Premier y al Tesorero de St. Maarten fue producto de informaciones dadas por los magistrados italianos que indicaban una penetración de la mafia italiana en esa isla. Igualmente Holanda puso fuertes condiciones a Aruba cuando ésta quiso ignorar la fecha de independencia (1996), para continuar en una estrecha relación con el Reino Holandés, condiciones referidas fundamentalmente a la nueva lucha contra el crimen internacional, el lavado de dinero y la posible “narcopolítica” que ya había invadido a Aruba (cf. Lampe, 1994, pp. 171-183). En St. Maarten y en Aruba se produce la paradójica situación de que la idea de independencia adquiere mala fama pues se difunde la opinión de que los reducidos grupos que la favorecen se encuentran al servicio de los narcopolíticos, los cuales buscan su propia “república independiente”.

Igualmente ocurre en el Caribe inglés: hay un nuevo intento de ejercer más controles sobre un conunto de islas que durante las últimas dos décadas se han convertido en grandes centros *offshore*, manejando grandes negocios, no siempre lícitos.

## Conclusión

El argumento fundamental de este trabajo es que no se puede hablar de un momento crítico (*watershed*) que divida la historia contemporánea del Caribe en dos períodos cualitativamente diferentes: Guerra Fría y Posguerra Fría, si por ello entendemos que la Posguerra Fría expresa un momento crítico seguido por significativos cambios en las instituciones y las actitudes. Con la excepción de Cuba, en el Caribe ha habido mucho más continuidad que cambio, puesto que los problemas actuales han tenido largos períodos de gestación.

A propósito del tema que nos ocupa, una de las más importantes razones para la continuidad radica en que la “guerra” entre el marxismo y las fuerzas político-sociales en el Caribe fue más resultado de los conflictos entre los grandes poderes que verdaderas confrontaciones locales. Las razones son relativamente simples: en la gran mayoría de los países del Caribe los movimientos marxistas-leninistas jamás llegaron a ser movimientos sociales. Al contrario, fueron núcleos de intelectuales organizados en partidos elitistas, más dados a la

política conspirativa y al golpe de Estado que a la movilización de masas. El modelo era Cuba, pero en sus antecedentes históricos los países caribeños no eran otras "cubas". Lo que les dio gran relevancia a estos grupos fue la dimensión internacional de la cual el Caribe era parte.

El fin del papel de estas élites revolucionarias llegó cuando el contexto internacional que las favorecía desapareció. Estas élites, no solamente perdieron su base financiera y su plataforma política, sino también su doxa ideológica, ya que la misma fue un producto de importación. Sin justificación ideológica, dichas élites no significaban mucho en el contexto local y regional. En el escenario descrito, no habían cambiado, pues, ni las instituciones ni las actitudes sociales.

Lo que quedó fueron los problemas fundamentales de estas sociedades, los cuales venían en aumento junto con los cambios que afectaban por igual a casi todas las islas. Uno de estos problemas es el de la corrupción, en el sector público y a nivel privado. Lo que el fenómeno del narcotráfico hace es precisamente incrementar la importancia de la corrupción como fenómeno social. Se aducen, al respecto, las siguientes razones, las cuales reflejan más continuidad que cambio dramático:

1. El fenómeno de los casos de *blowback* deja consecuencias muy claras. Habiendo ignorado, por razones geopolíticas, los primeros indicios del desarrollo de todo un mercado, producción y suministro de la droga en varios puntos del Caribe, cuando las grandes potencias cambiaron la definición de su esquema de seguridad nacional, ya estaba montada la estructura del crimen regional con conexiones internacionales. En Miami, en Bahamas, en Aruba, en Panamá y en tantos otros países, la corrupción se había incrementado a niveles nunca antes vistos.

2. El lenguaje (la definición de la situación) y la agenda de la nueva etapa que caracteriza la Posguerra Fría, los pone EEUU. Esto creó una demora en la reacción de los países del Caribe para entender que tenían dentro de sí unos problemas de larga gestación y que siempre fueron verdaderas amenazas para su seguridad nacional, no solamente la de EEUU.

3. Estos problemas coinciden con el nuevo énfasis en EEUU en el Caribe sobre la democracia participativa y la apertura de las economías. Esto trae una nueva preocupación, pero con imagen, estilo político y campañas electorales al estilo norteamericano. Dos cosas resultan de este cambio de estilo, que no es lo mismo que un cambio estructural: primero, los conflictos sociales se vuelcan hacia los procesos electorales y hacia los partidos políticos y, segundo, la política se vuelve más costosa.

En todo el Caribe hay ciertos aspectos de las campañas políticas que muestran similitud. El elevado costo de las campañas permite a ciertos sectores adinerados, dentro y fuera del país, una participación e influencia desmesurada en el ejercicio gubernamental. Esta influencia, que nadie niega, se vuelve a la vez punto de ataque común contra el opositor. No hay campaña en el Caribe

(con la excepción de Panamá) donde las acusaciones de conexiones con el narcotráfico no jueguen un papel importante. El tema de la corrupción es el tema del día en todas partes, muy influenciado ahora por la nueva modalidad norteamericana de “certificar” o “descertificar” países, en términos de su colaboración con EEUU en la nueva “guerra”.

Más que una nueva etapa en términos sociales y políticos internos, lo que hoy se reconoce en el Caribe es un nuevo contexto internacional donde EEUU y las metrópolis europeas han creado una nueva definición de seguridad nacional. El reto para las élites democráticas de la región es encontrar respuestas autóctonas, nativas y originales, a las amenazas que sin duda son de índole internacional y que involucra a todos. Se puede empezar este proceso entendiendo más claramente cuáles son las raíces locales e históricas, las continuidades y discontinuidades de los problemas de este nuevo período que las grandes potencias llaman la “Posguerra Fría”.